

t u d i o s , concurrían los estudiantes universitarios de mayor cultura: Manuel Toussaint, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano y otros, más jóvenes: Carlos Pellicer, José Gorostiza, Enrique González Rojo, Bernardo Ortiz de Montellano. Recuerdo todavía con júbilo el espectáculo de aquellas noches de bello entusiasmo intelectual en que, si no nos arrojábamos los tinteros a la cabeza, sí, en cambio, paseábamos—bajo la caricia de esa luna de México que, por suave y balsámica, parece nacida de un madrigal de Hafiz—por las avenidas de la Alameda, en grupos desordenados o silenciosos, llenas de libros las manos, con rumbo cada quien a su pequeño destino propio, a través de una ciudad insomne, amenazada a cada momento por el asalto de una nueva bandería o puesta, cada noche, en subasta por la codicia de una nueva facción. Después, ya desligados de la influencia romántica de ese ambiente, algunos de aquellos jóvenes se han atrevido a juzgar el verdadero valor de Antonio Caso. Sin embargo, salvo algunas excepciones en que la rivalidad profesional explica pero no excusa las discrepancias, la gratitud domina a la crítica y, aun en los instantes en que analizan con menos favorable fervor sus libros, anotando sus errores, subrayando sus repeticiones, restringiendo—tal vez sin excesiva benevolencia—los márgenes de su originalidad, algo los detiene: la noción precisa—y a la vez muy jus-